AÑO XLIII

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12531

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

VIERNES 14 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

En libertad

El consejo de ministros celebrado el miercoles ha acordado el indulto de los obreros procesados con motivo de las huelgas.

Se ha cumplido lo que el ministro de la Gobernación dijo á un individuo de la minoría republicana que fué á hablarle del asunto.

«El gobierno está favorablemente impresionado; pero si con motivo de los actos se promueve agitación encaminada á obtener por la presión lo que debe ser un acto de clemencia, se verá obligado á diferirlo».

Estas ó parecidas palabras le dijo Alix á Lerroux en la conferencia citada y tal como se expresó el ministro así ha pasado. Desconfiados los obreros, ó pensando que una agitación general del país producida por centenares de miles de trabajadores les proporcionaría una victoria, desoyeron los consejos de la prudencia y arrojándose á una campaña que comprometía sus propios intereses y retardaba la libertad de los que querian favorecer, proclamaron la huelga general, la más impolítica y la menos orientada de cuantas se han intentado desde que se agruparon los obreros para alcanzar por la unión lo que pedido individualmente no podría pasar de un sueño.

Si los promovedores de la huelga general, fracasada aún en las poblaciones en que fué unánime el acuerdo, reflexionaran ahora sobre los daños causados, aprovecharían la lección, y dando de mano á los movimientos del orgullo, que á nada bueno conducen, como se ha patentizado, reservarían su poder para ejercerlo con prudencia cuando estuviese indicado.

¿Qué han logrado con el movimiento de Agosto?

Fracasar, pues la huelga se redujo á limitadas poblaciones. Donde los elementos anarquistas dominaban, tomó desde el principio grandes vuelos. Donde aquellos elementos estaban en insignificante minoría no hubo huelga.

Si fuese gratuito el fracaso tendría pase. Sería una ilusión perdida, una esperanza frustrada, un signo de debilidad. Pero ha costado oro, lagrimas y vidas. Cada obrero ha perdido tres jornales y son tantos los que han holgado, que si se hiciera la suma de los jornales perdidos representarían algunos millones de pesetas.

Y esos pobres de la provincia de Cádiz que en un momento de arrebato atacaron la fuerza pública pereciendo en la contienda; esas infelices familias que de la noche á la mañana ven desaparecer á sus jefes en la conmoción popular; esas pobres mujeres que lloran hoy su viudez; esos desgraciados huérfanos condenados quien sabe si á pedir limosna...

No, no estaba indicada la huelga para alcanzar la libertad de los obreros procesados. Se deseaba un acto de clemencia, y no podía determinarse éste por otro de imposición, sino por uno de súplica.

Los obreros procesados serán puestos en libertad. Así lo ha acordado el consejo de ministros y así lo hubiese acordado antes de ahora de no sobrevenir el intento de huelga general que ha costado á los obreros oro, lagrimas y vidas.

TIJERETAZOS

El ministro de Marina va á suprimir el Estado Mayor Central creado por su antecesor Sánchez Toca.

¿Será esa decisión del ministro anterior ó posterior á la renuncia de Cervera?

Si es posterior, ha cogido la ocasión por los cabellos.

Si es anterior, ya sabemos por qué ha dimitido el general.

Para evitar que le dimitan.

***

Qué edificante es presenciar ese tejer y destejer.

Hace poco, casi ayer mañana, se creó ese organismo que ha costado trabajo y dinero.

Hoy se le suprime por inútil.

Consecuencias de no tener plan fijo, ni orientación ni nada.

Sin embargo, cada consejero continúa en su ramo la obra de su antecesor—frase obligada—echándola abajo para hacerla de planta.

—

Hojeando el prólogo del libro del exministro de Marina Sánchez Toca, «Nuestra defensa naval», encontramos este parrafito:

«No es de extrañar que el ministro de Marina no se haya penetrado de todo el alcance de la desinfección y saneamiento de nuestra moneda; pero es palmario que persona de tanta autoridad en las altas y difíciles cuestiones de la salud monetaria, ha resistido hasta ahora la lectura del proyecto de ley programa de nuestra defensa naval, y queda el natural recelo de que no domine los problemas de armamento marítimo que en tal proyecto se plantean.»

No está mal el disparo á Villaverde.

Si ahora dispara así el exministro de Marina y hace blanco ¿qué va ocurrir cuando se abran las Cortes?

Tal se van poniendo las cosas entre mauristas y villaverdistas que no será extraño que cada sesión sea una batalla.

La peste blanca

De los grandes males que afligen á la humanidad, son, sin duda, los más temibles, las epidemias de enfermedades infecto-contagiosas que á su paso dejan un reguero de cadáveres, asolando las comarcas ó países por donde se extienden.

De estas enfermedades, el cólera, la fiebre amarilla y la peste negra ó bubónica, son tal vez mayor número de víctimas han ocasionado cada vez que, en avalancha formidable, han dejado las inmediaciones, focos de origen, para esparcirse por el mundo infundiendo el pánico y el terror en todos los pueblos civilizados.

Sobre todo, la peste negra que hoy amenaza invadir las naciones civilizadas de Europa y América por la cubierta esperada aparición de esta horrorosa enfermedad en las Indias inglesas y en Mazatlán; Estado de Sinaloa en México.

Afección por demás terrible, puesto que á su acción grandemente mortífera, une la de su repugnante y hediondo aspecto, que hace romper todos los lazos sociales y los vínculos de familia, pues se han visto casos, en epidemias de esta enfermedad, de abandonar completamente los padres á sus hijos y éstos á aquéllos; los esposos á sus consortes y los hermanos á sus hermanos.

Sin embargo de lo mortíferas y temibles de estas epidemias, hoy la ciencia ha llegado á detener su marcha por medio de medidas sanitarias, de modo que estas plagas que en tiempos no lejanos causaban tan espantosa mortalidad, que solo su nombre infundía pavor, hoy se aislan y circunscriben en un pequeño círculo, de donde con dificultad y sólo por imprudencia ó negligencia, pueden traspasar sus límites. Tal ha sucedido, hasta ahora, con los casos de peste negra presentes en México y en la India.

El terror que nos inspira el sólo nombre de estas epidemias y el pensar que puedan llegar hasta nosotros, nos hace olvidar que en nuestra sociedad, en todos los pueblos civilizados, existe latente una enfermedad, puede decirse endémica, que se apada y subrepticiamente, se introduce en nuestros hogares, escuelas, talleres, oficinas, en los centros de solaz y diversión, en los teatros, círculos, etc., que se codea incesantemente en todas partes donde hay acumulación de personas que viajan en los estrechos camarotes de los vapores, así como en los reducidos coches del ferrocarril, que no respeta edad, sexo ni posición social, propagándose fácilmente por nuestro moderno modo de vivir, por nuestras costumbres; y que por las exigencias de nuestra época, por los progresos de la civilización, el hombre se ve obligado á salir de su hogar para hacer vida común con la multitud en estrecha y unida colectividad.

Enfermedad no menos terrible y mortífera que las epidemias citadas, por sus continuados y repetidos efectos, pues cada día aumenta el número de sus víctimas, escogiéndolas entre lo más florido de la juventud, segando cada momento innumerables existencias y arrebatando á la patria potentes brazos aniquilados por una afección que, no mata en breve tiempo, como sucede en todas las otras enfermedades infecto contagiosas, sino que lenta y paulatinamente consume al individuo, destruyéndolo poco á poco, sin que el enfermo, inconsciente del daño que mina y socava todo su ser, se dé cuenta de la proximidad de la muerte que, á traición, descarga sobre él su guadaña, precisamente en los momentos en que, confiado en su curación y creyéndose afectado de una enfermedad be-

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.ª

nidad, con éxito, mientras que tú, infeliz, no comprendes nada del amor ni de la familia. Como no has amado nunca, has creido que toda virtud consiste en no amar. Reconozco que has evitado con dignidad ese escollo y no has dado á nadie el derecho de encontrarte ridícula, pero en cuanto á la ciencia del corazón humano, te es enteramente desconocida, y no puedes ver por encima de las barreras que te ha levantado la falta de ocasión para estudiar en ti misma. ¿Crees, sin duda, que al haberme yo comprometido á ser esposa de Mr. de la Rivonnière, esposa de nombre nada más, debo á mi esposo más consideraciones que la de ser honrada? Ya no te entiendo así, y él mismo no se atrevería á penetrar en la santidad de mi pensamiento. Pablo me aseguraba á Margarita como yo no he engañado al marqués, le he dado la protección que le debía, pero en mi pensamiento su alma son mía. ¿Y pretendes que ame á esa mujer que ni por su nacimiento, ni por su educación, ni por su talento se digna de él? ¡La conciencia te grita que miente! Si yo amase al marqués quizás me enfadaría al producirse como se produjo con Margarita, desmintiéndose de lo que soy, porque nunca he tenido afición á nada vulgar. Amo á mi marido como Pablo ama á su mujer, son dos personas de otra variedad de la especie humana, y les concedemos aquello á que tienen derecho Pablo la protección, yo la pureza; pero

—¿Y quién te dice que no lo sea?—repuso con altivez.—¿Acaso has creído que yo descendería á hacerle un pablo y serlo yo misma?

—No; pero crees torturar su razón, trastorna sus sentidos...

—No trato de saber si los tiene y si mi imagen los trastorna; vivo en una esfera de ideas y sentimientos en que no tienen cabida preocupaciones ridículas. Deberías saberlo, y al olvidarlo te haces poco favor, antes de ofenderme á mí; he querido ser el más noble, el más puro afecto de Pablo. ¿Crees que no lo he conseguido?

—¡Todo has conseguido, será una obra de desgracia, de destrucción! Ocupar el lugar de la mujer legítima en el corazón y el pensamiento del esposo, es cometer, en la alta y funesta región que pretendes habitar, un doble adulterio, un doble crimen. Es jugar doblemente con todos los afectos de familia, desconocer las nociones de todo sentimiento generoso, y es finalmente querer asaltar con sofismas la propia conciencia. Esto es mi juicio, esta es mi opinión; si tú no puedes oirla sin enojos, separémonos, pues estás ya demasiado desembierta para que yo te estime.

—Cuando te irritas eres intolerante,—me dijo fríamente.—Tranquilízate, tú me dices tus verdades con furor y yo te diré las mías con sangre fría. Puede que sea algo romántica, pero pretendo serlo con dig-

ultrajando á vuestro marido. Admirada estoy de la paciencia con que mi amiga os escucha y no sé lo que Pablo os diría si pudiera oiros.

—¡Ah! No se lo digáis,—murmuró aterrada.—¡Entonces estoy perdida!

—Tranquilízate, no quiero perderos, ni quiero, sobre todo, hacerle desgraciado á él obligándole á lamentar su matrimonio.

Margarita lloraba amargamente; la astuta marquesa la animó, la consoló, diciéndome que no la riñese, que era precisa y conveniente persuadir y no asustar á los niños, y Margarita sollozó, la cubrió de besos y de lágrimas, la pidió perdón y juró no volver á incurrir en semejante desvarío.

Como en aquel momento sintiese llegar á Pablo echó á correr hacia el fondo del jardín para ocultarle sus lágrimas. Ellas conoció, sin embargo, y al día siguiente me escribió así:

«Mi pobre Margarita está enferma, enferma de espíritu sobre todo; la he interrogado, y como no sabe mentir sé que ha dicho cosas terribles á la marquesa de la Rivonnière; sé también que esta se ha conducido con prudencia, no viendo en mi pobre Margarita más que á una niña loca; sé que se resignaría, que tendría paciencia, que su piedad sería inagotable; pero aquí se vuelve á despertar mi altivez antigua, ó más bien mi prudencia de siempre y quiero ser solo